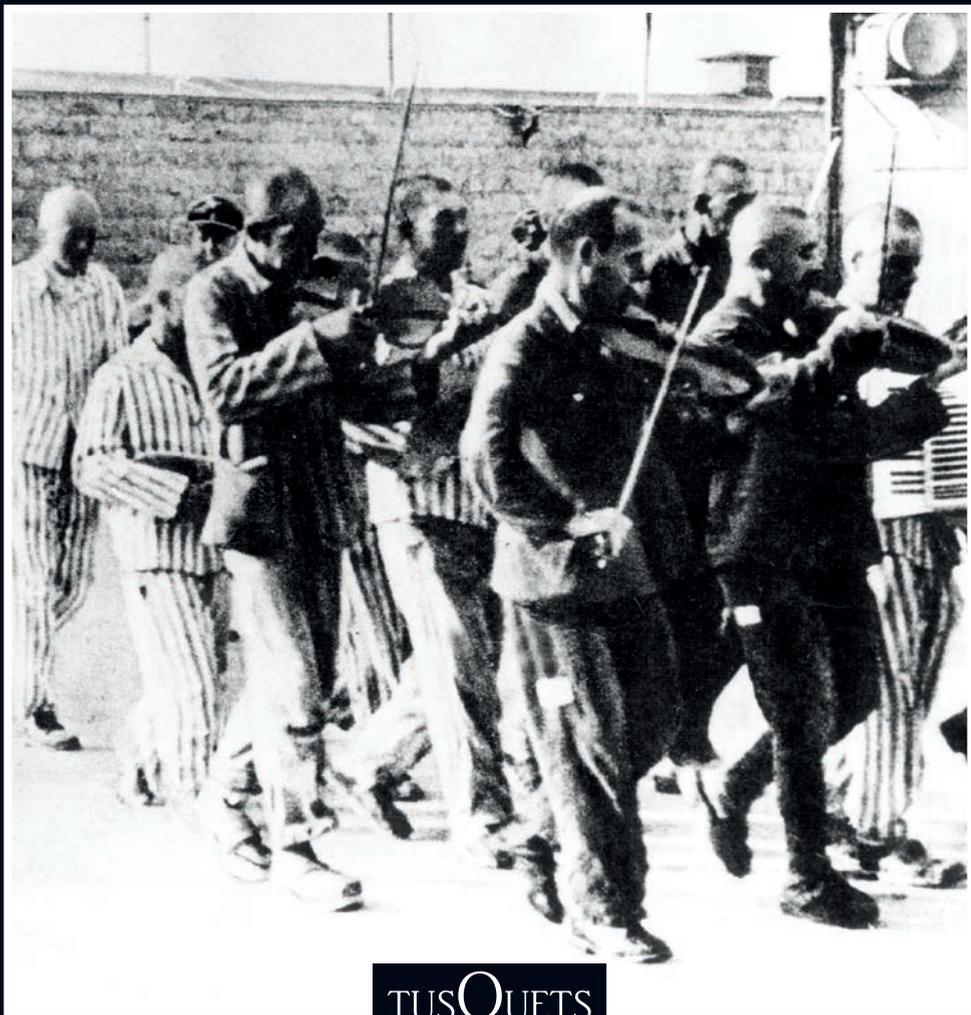


Jorge Semprún

EJERCICIOS DE SUPERVIVENCIA

Prólogo de Mario Vargas Llosa

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JORGE SEMPRÚN
EJERCICIOS DE SUPERVIVENCIA

Prólogo de Mario Vargas Llosa

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Exercices de survie*

1.ª edición: marzo de 2016

© Herederos de Jorge Semprún, 2016

© de la traducción: Javier Albiñana Serain, 2016

© del prólogo: Mario Vargas Llosa, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-245-8

Depósito legal: B. 1.848-2016

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Prólogo, <i>por Mario Vargas Llosa</i>	9
Ejercicios de supervivencia	
1.	19
2. Retorno al Lutetia	101

Me hallaba en la penumbra artesonada, discretamente propicia, del bar del Lutetia, casi desierto. Pero no era la hora; quiero decir, la hora de estar en multitud, la hora de ser esperado o de esperar a alguien. Y yo no esperaba a nadie. Había entrado para evocar con calma a algunos fantasmas del pasado. Entre ellos el mío, probablemente: joven fantasma a disposición del viejo escritor en que me había convertido.

La vejez, la finitud, eran previsibles, por supuesto, estaban inscritas de entrada en la banalidad plácida o funesta del curso de las cosas. Ninguna sorpresa haberlas alcanzado finalmente, ningún mérito tampoco. Un poco de cansancio, a ratos, eso sí. Extrañeza también, jubilosa de vez en cuando, excitante, o, según el caso, por el contrario, irritada, melancólica, por haber perdido tantas ocasiones de morir joven.

¿Escritor, a pesar de todo? ¿Era tan evidente en el momento lejano que yo evocaba? Por entonces, me hallaba más bien ante la imposibilidad radical, la indecencia misma de la escritura.

Así pues, estaba en el bar del Lutetia, no esperaba a nadie.

Tan sólo deseaba calibrar mi experiencia, ponerla a prueba.

En otro tiempo, el Lutetia era un lugar que había que evitar.

Hablo de los tiempos de la Ocupación, por descontado. Y el Lutetia no era el único sitio que había que evitar, desde luego. Había muchos más en la topografía parisina.

Sobre todo hoteles, como el Majestic, en la Avenue Kléber.

En 1943, el año de mis veinte años, a comienzos de ese año, solía recorrer ese barrio. Volvía de la Avenue Niel, por ejemplo, para volver a tomar el metro en Étoile, o más bien en alguna otra estación de los alrededores. A ser posible traía cuenta evitar Étoile, había allí más controles de identidad que en otros lugares. O bien salía de una de aquellas estaciones y caminaba hacia la Avenue Niel. A veces, cuando hacía buen tiempo y estaba de buen

humor, circulaba en bicicleta. En ese caso, al regresar hacia mi barrio del Panteón, y también al ir, evitaba el Majestic, la Avenue Kléber.

Pero cualquiera que fuera el medio de locomoción, al final, unos cientos de metros de fingido vagabundeo bastaban para cerciorarme de que no me seguían. Porque tenía que encontrarme con Henri Frager, «Paul», el jefe de Jean-Marie Action, mi red Buckmaster. U otras veces acababa de dejarlo, de verme con él.

Tenía que esperarlo, un día determinado de la semana, en la acera de los números impares de la Avenue Niel, concretamente entre el uno y el siete, frente a los Magasins Réunis, actualmente la FNAC.

Si iba solo, se detenía, yo hablaba con él, solventábamos el asunto que había que resolver, que podía ser muy sencillo: misión cumplida de la que había que darle cuenta sucintamente; misión por cumplir, cuyas líneas maestras me exponía: más adelante vendrían los detalles, comunicados de otro modo.

Asuntos así, triviales.

Si «Paul» no iba solo, los dejaba pasar, a él y a su compañero, o compañera. Luego debía seguir mi camino, rebasar el punto de cruce a unas decenas de metros y volver lentamente sobre mis pasos.

Aquello no era muy prudente. Un ojo vigilante, o sencillamente curioso por observar los movimientos de la calle, habría podido reparar en aquel teje-maneje, aquellas idas y venidas, aquellos cambios de interlocutor en torno a la misma persona. Pero extremar la prudencia habría dificultado más las cosas, demasiado complicadas de organizar. La prudencia extrema no era nuestro fuerte, por entonces. La historia de la Resistencia abunda en ejemplos similares, con frecuencia dramáticos, a veces chuscos.

En cualquier caso, la prudencia extrema habría aconsejado no hacer nada, esperar días mejores.

A veces se hacía necesario prolongar la conversación, pues el asunto que había que solventar o que debatir era más complejo o más espinoso. Entonces entrábamos a tomar una copa en algún bistró de los alrededores, elegido por Frager. Él elegía siempre el camino a seguir.

Aquel día, en el bar del Lutetia, en busca deliberada de mí mismo, recordé una de las primeras ocasiones en que me vi con Frager, a comienzos de mi trabajo para Jean-Marie Action. Me había llevado hasta un edificio opulento, por la Porte des Ternes. Me dijo a qué piso llamar, diez minutos después de entrar él, qué nombre de inquilino decirle a la portera, llegado el caso, qué contraseña a la joven que me abriría la puerta del piso.

Deambulé por aquel elegante barrio. Sin librerías por desgracia, lo cual alargaba los minutos. No tuve que decir ningún nombre, ya que ninguna portera se preocupó de mi presencia. En cambio, di nítidamente la contraseña a una joven rubia. Me hizo pasar a una estancia vacía. Saltaba a la vista que era la sala de espera de un médico en la cima de su carrera: el número y la disposición de las confortables sillas; las revistas en una mesa; los bronceos animalistas sobre consolas; algunos cuadros en las paredes, escasamente interesantes desde mi punto de vista, pero sin duda de precio elevado, incluso quizá cotizados; alfombras de fina lana, etcétera.

Entró Henri Frager y pidió a la joven que permaneciera con nosotros. Después hizo su aparición otro tipo, que se sentó sin decir palabra.

A ése lo conocía de vista. Había observado varias veces su presencia en torno a Frager, por la Avenue Niel. Probablemente un miembro de la red responsable de la protección de nuestro jefe. Un tipo joven, muy rubio, muy guapo, de excelente porte. Sus chaquetas de *tweed*, aun gastadas, procedían a todas luces de las mejores sastrerías. A veces me había preguntado qué arma llevaba, dónde la ocultaba.

Meses después, con ocasión de un viaje entre

Montbard y Auxerre, pasamos unas horas juntos, intercambiamos retazos de confianzas. En invierno, llevaba bajo la trinchera una metralleta Sten, sin la culata extraíble; en verano, bajo la axila, un arma corta, una automática de nueve milímetros.

Aquella vez sonrió, cómplice y superior a la vez, dándome a entender en dos palabras que sabía bastante más de mí que yo de él.

Lo cual era fácil, porque de él yo no sabía absolutamente nada.

—Una bonita pistola Astra —me dijo—, ¡que procede de España, como usted!

Yo asentí con la cabeza.

—Que procede de Éibar, en efecto —contesté—, en el País Vasco. Es la primera ciudad donde se proclamó la República, tras las elecciones municipales de abril de 1931, que se convirtieron en un plebiscito contra la monarquía.

Me miró de arriba abajo, con una mueca.

—¡La República no es mi postre preferido! —proclamó.

Le contesté que no me extrañaba nada.

Le sorprendió mi observación. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo decía? Era difícil expresarlo racionalmente, le dije: una especie de intuición.

—Yo diría que usted tiene pinta de ser lector de Joseph de Maistre o de Maurras. ¡O mejor de

Bernanos! ¡Y en poesía, de un entusiasta de Patrice de La Tour du Pin!

Era bastante malicioso hablarle de ese poeta. En mi opinión, encarnaba un amaneramiento tan elegante como anticuado. Pero le dio un ataque de risa, una risa loca, desenfrenada, desinhibida. Que cesó de repente. Se permitió entonces un gesto amistoso apoyando la mano derecha en mi hombro. Acto seguido recitó, bastante bien además, sin énfasis:

*Cette odeur sur les pieds de narcisse et de menthe, /
Parce qu'ils ont foulé dans leur course légère / Fraîches
écloses, les fleurs des nuits printanières, / Remplira tout
mon coeur de ses vagues dormantes...**

Se interrumpió tras esa primera cuarteta, me miró, desafiándome, sin duda.

—*Laurence endormie* —le dije.

Me dio la impresión de que estaba sorprendido, incluso irritado.

Me traía sin cuidado, proseguí a mi vez la recitación.

Et peut-être très loin sur ses jambes polies, / Tremblant de la caresse encor de l'herbe haute, / Ce parfum

* «Ese aroma en los pies de narciso y de menta, / porque han pisado en su leve carrera / recién abiertas, las flores de las noches primaverales, / colmará todo mi corazón con sus olas durmientes...» (N. del T.)

*végétal qui monte, lorsque j'ôte / Tes bas éclaboussés de rosée et de pluie...**

Se echó a reír, aún sorprendido, pero ya visiblemente contento.

—Mi novia se llama Laurence —me dijo.

La joven de la Comédie-Française también se llamaba Laurence.

Representaban *Berenice*, aquella noche, en la primavera de 1943, algún tiempo antes del viaje del que hablo, entre Auxerre y Montbard. Estaba sentada en el patio de butacas, dos filas delante de mí, ligeramente a mi izquierda. Volvió la cara hacia mí cuando la actriz que interpretaba a Berenice —y que rebasaba ampliamente la edad de ese papel, pero recitaba espléndidamente el alejandrino— recitó unos de los más hermosos versos de amor de la lengua francesa.

Laurence, en aquel instante, ya que de Laurence se trata, esbozaba la mirada más cándida y prometedora que quepa imaginar: un prodigio de inocencia y de turbación femenina.

* «Y quizá muy lejos sobre sus lisas piernas. / Temblando de la caricia aún de la hierba alta, / ese perfume vegetal que asciende, cuando desprendo / tus medias salpicadas de rocío y de lluvia...» (*N. del T.*)

Turbadora, quiero decir.

Luego, al albur de las estrofas más desgarradoras de *Berenice*, a su luz, intercambiamos miradas hasta el final de la representación, como se intercambian vino, libros y rosas, o bien, por el contrario, la soledad, una muerte o la desesperación.

La esperé a la salida, no la sorprendió. Vaya, que aceptó de buen grado que la acompañase.

Pero no conté la continuación de esta historia a «Tancredi» —¡qué seudónimo, santo cielo, tan revelador!— en aquella ocasión, el verano del 43, entre Auxerre y Montbard, y tampoco voy a contarla ahora.

En cualquier caso, el asunto del que teníamos que hablar, él y yo, era más importante, al menos en lo referente a la historia de que se trataba, que la evocación de Laurence: nuestras dos Laurences, por lo demás, su novia y mi guapa acompañante de un periodo. Más importante, más urgente que el recuerdo de aquella noche, después de la Comédie-Française, en que Laurence, la mía, decidió reinventar el amor cortés.

A mi costa, dicho sea de paso.

Mi discrepancia con «Tancredi» atañía, en efecto, al lanzamiento de armas en paracaídas. O mejor dicho, al destino posterior de las armas lanzadas por los británicos para Jean-Marie Action. Algu-

nos pensábamos que los contenedores que entregábamos, siguiendo las indicaciones de Londres, a los jefes de la Armée Secrète, y almacenados por éstos, caían con demasiada frecuencia en manos de la Gestapo, de la Feldgendarmérie, aun antes de haber sido de alguna utilidad.

Algunos proponíamos que se entregara al menos una parte de aquellas armas y explosivos a los grupos de las FTP,* que a buen seguro no permitirían que se oxidasen en los almacenes clandestinos.

Años después, decenios mejor dicho, en Authueil-sur-Eure, durante un fin de semana que pasábamos en casa de Montand y Signoret, Simone nos anunció que vendrían los Dewavrin a comer al día siguiente, domingo. Pidió a los más jóvenes de la casa, con una sonrisa en la voz, que a ser posible no se presentaran hechos unos guarros y se comportaran educadamente en la mesa.

Dewavrin era «Passy», por supuesto, el coronel Passy, ex jefe del BCRA** de la Francia libre.

—¡Hombre! —exclamé—, podré preguntarle

* Franc-tireurs et Partisans Français, movimiento de resistencia armada creado por el Partido Comunista Francés. (*N. del T.*)

** Bureau Central de Renseignement et d'Action. (*N. del T.*)

por qué las armas lanzadas en paracaídas en la Yonne y en la Côte d'Or no se repartieron entre los grupos que combatían de verdad, por qué se oxidaban en los almacenes de la Armée Secrète que la Gestapo iba descubriendo uno tras otro.

En septiembre del 43, en efecto, cuando me detuvieron, todos los alemanes poseían metralletas Sten birladas en nuestros almacenes, que eran mucho más manejables que los pesados trastos de su propio ejército.

Ello originó un coloquio. Los jóvenes que estaban sentados con nosotros durante la cena en Autheuil-sur-Eure —Catherine Allégret, Jean-Claude Dauphin, Dominique Martinet, Claude Landman, Jean-Pierre Castaldi, Alain Dhénaut, Jean-Louis Livi, si mal no recuerdo— formularon preguntas, pidieron explicaciones. Todo el resto de la velada transcurrió evocando para ellos la época de la Resistencia.

Al día siguiente, los Dewavrin estaban allí, compartiendo la comida familiar: Simone había pedido a Marcelle que tirara la casa por la ventana. Tan pronto la conversación alcanzó un ritmo de perfecto crucero, Simone declaró de repente, con la mirada golosa que solía acompañar sus preguntas más asesinas:

—Una cosa, coronel, a mi amigo Semprún le

gustaría saber por qué, en el 43, las armas que lanzaban ustedes en paracaídas no se repartían nunca entre las FTP comunistas.

«Passy» no se inmutó en lo más mínimo. Con perfecta cortesía, empezó preguntándome con quién había participado yo en la Resistencia. Informado al respecto y en parte tranquilizado —sólo en parte, ya que Jean-Marie Action no era sospechosa de simpatías comunistas, idesde luego que no!, pero por otra parte, como perteneciente a la red Buckmaster, había rivalizado forzosamente con el BCRA gaullista, al depender directamente de los servicios británicos del War Office—, «Passy» admitió y asumió que en 1943, en efecto, ordenaba a sus agentes impedir al máximo la entrega de armas a los FTP.

Hasta 1944, dijo, hasta el viaje de De Gaulle a Moscú, hasta el regreso de Thorez de aquel exilio, de aquella impunidad, cuando este último impuso a su partido, por consejo de Stalin —que era una orden—, el desarme de las milicias denominadas patrióticas, pensaron, ellos, los gaullistas, y De Gaulle en primer término —idesde luego!—, que el PC, llegada la Liberación, desarrollaría una política mucho más radical, una suerte de estrategia de «doble poder». En la coyuntura histórica de vacío provisional, tras la marcha de las tropas de ocupa-

ción alemanas y en la incertidumbre creada por las divergencias aliadas respecto a la administración de la Francia liberada, cabía esperar un intento de golpe de fuerza.

Decenios después, la conversación con el coronel «Passy» fue histórica y cortés, una cosa implicando la otra, por supuesto. Además, resultaban fácilmente comprensibles, retrospectivamente, las inquietudes gaullistas de la época de la Liberación, vista y vivida la experiencia histórica en Europa central.

Pero en 1943, entre Auxerre y Montbard, tras una inspección sobre el terreno, tras explicar a «Tançrède» la triste suerte de las armas almacenadas por la Armée Secrète en previsión del día del desembarco, nuestra conversación cobró una dimensión muy distinta.

No fue relajada, es lo menos que puede decirse.

Bien es cierto que aquel lugarteniente de Frager, valeroso, culto, seductor —ien grado superlativo, todo ello!— no era un republicano convencido, valga la lítote. La República no era, en efecto, su «postre preferido», como había confesado él mismo. Paradójicamente, por lo menos a primera y simple vista, lo único que valoraba en la Revolución francesa era su momento jacobino, o sea, el momento del extremismo unitario, cen-

tralizador, de la Revolución, tan prontamente transformado, disfrazado, más adelante, en afirmación nacionalista y autoritaria: imperial, primero, y colonial después.

Comoquiera que sea, «Tanocrède» entraba en el opulento salón de la Avenue des Ternes, aquel día en que Henri Frager experimentó la necesidad de mantener una entrevista inhabitual conmigo.

A mí me inspiraba curiosidad, por lo demás, saber el objeto de dicha entrevista.

Enseguida supe a qué atenerme, pues no hubo un auténtico preámbulo ni una entrada en materia prudente o encubierta.

—¿Sabe usted lo que le espera, Gérard, si lo detiene la Gestapo? ¿Se le ha ocurrido pensarlo?

La pregunta de Frager, abrupta, no me pillaba desprevenido. Quiero decir: no me la esperaba en absoluto, desde luego, aquella mañana, así expresada, pero ya había meditado al respecto. Sabía que tenía todas las posibilidades de que me torturaran, en caso de ser detenido por la Gestapo, ya fuese la alemana o la francesa. En nuestras conversaciones, por lo demás, temíamos más a la francesa que a la alemana. De todos los lugares que había que evitar en París, el más temible, en efecto,

era al parecer la Rue Lauriston, donde oficiaba la Gestapo francesa de Bonny y Lafont.

—Sé lo que me espera, Paul —contesté a Frager—. Me espero que me interroguen, io sea, que me torturen!

Afirmó con la cabeza, encantado de poder evitar los preámbulos, los rodeos, los circunloquios: entrábamos abiertamente en el meollo del asunto.

Tortura, interrogatorio: ya lo había hablado con los responsables de la MOI* que me habían «encarrilado», en la época en que una oleada de detenciones cortó mis primeros contactos con la organización clandestina del PC español en París.

Lo había hablado con «Bruno», con «Koba».

Con «Julia» no se había pronunciado en realidad la palabra «tortura». Habíamos hablado de la muerte, más sencillamente. Pero «Julia» era una mujer, una joven de ojos claros. Guapa, tierna también, sin duda, llegado el caso: cabía imaginarlo. Le resultaba más fácil, por decirlo así, evocar la pura radicalidad de la muerte, esa realidad absoluta, antes que el sufrimiento bestial de un cuerpo torturado.

En mi memoria, las conversaciones con «Bru-

* Movimiento de resistencia al ejército nazi, formado por inmigrantes comunistas. (*N. del T.*)

no», con «Koba», sobre la tortura, están asociadas con el entorno del parque Montsouris. Cabe pensar que los responsables de la MOI —al menos aquellos con los que yo trataba— contaban con escondites en ese barrio. En cualquier caso, las citas conmigo se concertaban siempre en el parque Montsouris. No era desagradable, pues el periodo de dichos encuentros fue estival, entre la ruptura de los contactos apenas esbozados con el PC español y mi llegada a casa de Frager, en Jean-Marie Action.

Y así, casi siempre hay sol en mis recuerdos de la MOI. Sol y el verdor de los céspedes, de las frondas rutilantes.

Pero Frager había cedido la palabra a «Tançrède».

Fue aquel día cuando me enteré de ese pretencioso seudónimo. Justificado, no obstante, bajo determinado punto de vista: imi «Tançrède» se tomaba realmente por un caballero de las Cruzadas!

Puesto que yo no dudaba de que se me torturaría, llegado el caso, pasó a informarme de lo que me podía esperar. Utilizó, en cierto modo, un discurso pedagógico que enumeraba de modo exhaustivo los métodos habituales de la Gestapo: aporreamiento, colgamiento de una cuerda atada a las esposas, privación de sueño, bañera, arrancamiento de uñas, electricidad, *in crescendo*.

Era un discurso abstracto; bastante aterrador pero abstracto.

Así, «porra», en el discurso de «Tancredi», era una palabra muy concreta, pero carente de forma, de existencia consistente. Yo no podía aún determinar la diferencia entre las distintas posibilidades de realidad que esa palabra designaba vagamente, de modo demasiado genérico.

Porque estaban las porras de madera pulida, policiales, sencillas; los vergajos; las porras de goma, a veces provistas de plomo: éstas eran, como averiguaría más adelante, las preferidas de los suboficiales SS de Buchenwald, las famosas *Gummi*; pero también las porras británicas lanzadas en paracaídas con los contenedores de armas, utilísimos instrumentos de acero mate, que era preciso desplegar, de fácil manejo en el silencio de la noche para golpear a los centinelas de la Wehrmacht que custodiaban las esclusas del canal de Borgoña que íbamos a hacer saltar; porras inglesas descubiertas por la Gestapo en los almacenes de la pasiva Armée Secrète, y reutilizadas contra nosotros.

«Porra», pues, en boca de «Tancredi», fue, en su exhaustiva enumeración, una palabra a la vez clara e imprecisa: ¡nos hallábamos aún en el ámbito del idealismo objetivo!

Tiempo después, en Auxerre, en la ciudad de la

Gestapo, las palabras y las cosas se tornaron más concretas. Aprendí muy pronto a distinguir la realidad material de las distintas clases de porras. El dolor que provocaban era, en efecto, muy diferenciado, muy singular. A tenor de cada dolor, pude calibrar, sin dudar, con qué tipo de porra me enfrentaba.

El dolor seco, fulgurante, pero poco persistente, más volátil, de la porra de madera no era comparable al dolor sordo, más soportable al impactar, pero bastante más hondo y duradero, de la porra de goma, sobre todo si no se trataba de un simple vergajo y contenía plomo.

Sin duda siempre es preferible saber a qué atenerse. Es preferible, sin duda, no hacerse ilusiones. Pero eso no resuelve lo esencial, porque el cuerpo, por su parte, no sabe. El cuerpo no puede poseer la experiencia anticipada, a priori, de la tortura. Ni siquiera el cuerpo que ha conocido el hambre, la miseria, posee esa experiencia, no puede anticipar carnalmente esa experiencia: la tortura es imprevisible, impredecible, en sus efectos, sus estragos, sus consecuencias sobre la identidad corporal.

Nadie puede prever ni precaverse contra una posible rebelión de su cuerpo bajo la tortura, exigiendo beatamente —bestialmente— de su alma, de su voluntad, de su ideal del Yo, una capitula-

ción sin condiciones: vergonzosa, pero humana, demasiado humana.

Lo que es inhumano, entonces, sobrehumano en cualquier caso, es imponer a su cuerpo una resistencia sin fin al sufrimiento infinito. Imponer a su cuerpo, que tan sólo aspira a la vida, aun desvalorizada, miserable, aun recorrida por recuerdos humillantes, la perspectiva lisa y glacial de la muerte.

La resistencia a la tortura, aunque esté deshecha al final —y cualquiera que sea su duración: horas, días, semanas—, está totalmente impregnada de una voluntad inhumana, sobrehumana, más bien, de superación, de trascendencia. Para que posea un sentido, una fecundidad, es necesario postular, en la abominable soledad del suplicio, un más allá del ideal del Nosotros, una historia común que debe prolongarse, reconstruirse, inventarse sin cesar.

La continuidad histórica de la especie, en lo que contiene de humanidad posible, con el signo de la fraternidad: ni más ni menos.

Y así, cuando «Tancredi» dejó de hablar, yo sabía todos los métodos de la Gestapo, sabía qué prueba me esperaba, pero todavía no imaginaba en virtud de qué aquella experiencia podría alcanzarme, podría incluso cambiarme. O destruirme.

Imposible saberlo de antemano.

—Dígame, Gérard, la exposición de «Tancredi», su descripción de los métodos de la Gestapo, ya sabe, ¿le fue de alguna utilidad?

Me hacía la pregunta Henri Frager, «Paul», un domingo de otoño de 1944, en Buchenwald, un año después.

Era después del recuento de mediodía, en el barracón del *Arbeitsstatistik*. Le había invitado a café, bueno, a ese brebaje que llamábamos café para entendernos, pero que estaba caliente, era su principal mérito, y azucarado, o sacarinado mejor dicho.

Unas semanas atrás, allí mismo, en la larga mesa del fichero central, alcé la cabeza. Willi Seifert, el kapo del *Arbeit*, se acercaba a mí. Tras él, reverberaba el sol en los vidrios del barracón. El humo del crematorio cercano era visible también: gris y ligero, aquel día. Seifert me traía un comunicado especial de la *Politische Abteilung*, dicho de otro modo, de la antena de la Gestapo en Buchenwald.

Era una lista de recién llegados, una treintena de detenidos debidamente numerados, que serían asignados a un block especial de aislamiento.

Tenía la lista ante mí, brillaba el sol, el humo del crematorio era ligero. La mayor parte de los recién llegados eran franceses, pero entre ellos aparecían también algunos apellidos británicos.